

LA MUJER DE LOT

Lucrecia Becerra*

Yo, la mujer de Lot, me vuelvo pilar de sal. Pude haberme vuelto una ráfaga de viento, una ola del mar: quedo como testigo atemporal, sin ataduras dentro de la memoria ni percepción del devenir. Soy constancia sin referente. En el texto sagrado no se me asigna nombre; no me llamo Agar, ni Sarai, ni Rebeca, ni soy la madre de Melcá. Soy la mujer de Lot, la madre de hijas que han de ser: una, la madre de Moab, que será "padre de todos los moabitas", y la otra, madre de Benammi, el "padre de las tribus Ammon". De ellas sí han de manar sendos ríos, pero serán ríos de curso extraño.

De mí en verdad no fluye nada. Mi permanencia está en quedar como mudo testigo de la maldad de los hombres de Sodoma y de Gomorra. Testigo también de la impotencia de Dios ante su creación humana, testigo asimismo de los límites de la bondad divina, pues, ¿no tuvo que interceder Abraham, el predilecto de Yahvé, pidiendo misericordia para estos pueblos sentenciados si hubiere entre ellos tan sólo 50 hombres justos, o 49, o 20, o tan sólo diez? Y Él accedió. Y de seguro que sí hubo un hombre justo; ahí estuvo Lot, ahí estábamos mis hijas y yo misma. Pero ha de ser que el límite divino estuvo trazado de antemano. Pues a Su acceso de bondad se interpuso un nuevo escarnio cuando todos los hombres de Sodoma, sin excepción, quisieron abusar de los ángeles enviados por Yahvé mismo. Y fue en ese momento en que tú, Lot, ofreciste a tus propias hijas vírgenes para que hicieran con ellas lo que quisieran. Los habitantes te empujaron y te llamaron forastero, y si no ha sido por los ángeles, ¿qué hubieran hecho de ti?

Así es que mi destino fue presenciar sin juzgar la magna destrucción; compartir sin merecer la tercera fulminación de Dios para con sus criaturas.

"Y el Señor hizo llover sobre Sodoma y sobre Gomorra azufre y fuego que mandó caer del cielo." ¿Y qué fue lo que me obligó a volverme hacia la ciudad en llamas? Ágil como el viento corría el fuego; sus lengüetas ardientes eran como lanzas contra los hombres que huían. Y la intención al contemplarlos no fue un deseo de atentar contra la voluntad de Dios, ni siquiera contra la palabra de Lot, mi marido. Y es que ¿no pudo haber sido el solo impulso de ver el mar, la extrañeza ante las plumas de humo que desprendía? Un deseo nacido del hábito, y sin intento de rebelión. Pero, y si la intención fue inocente, entonces ¿de dónde la enormidad del castigo? Pudo haber sido la preocupación por los inocentes, niños y ancianos; aunque a los ojos de Dios ellos ya serían culpables en cuanto cargan el pasado y el futuro sobre sí mismos. ¿O serían las ganas de presenciar la falta y la sanción en el momento en que se empalman? Cuando el corrupto embarra la mano del hombre que se dice honesto con sus regalos; cuando el lujurioso baja con astucia las defensas de una que fuera virtuosa; cuando el hijo traiciona al padre, ¿será que en realidad quise ver el momento preciso cuando se encuentra el pecado, el pecador y el castigo inminente y merecido?

¿Y no sería posible que al presenciar tales hechos me haya querido erigir en testigo de la divinidad y así participar de ella? No, yo quedé simplemente fatigada de andar por los desiertos extensos. Habíamos viajado tanto y estaba cansada de protegerme contra los rayos del sol, de mojar los labios ampulosos de mis hijas con agua dulce. ¿Habrá sido injusto Yahvé conmigo? Yo, que amé mi lugar una

* Cuentista y ensayista

vez que lo encontré cerca del mar, resguardado por las colinas en la distancia, he de quedar como testigo, como pilar que marca el lugar indigno donde sólo queda un mar ahora muerto; un valle desértico donde resaltan montículos informes de sal, esparcidos entre cenizas humeantes.

Lot se fue sin volverse. No quiso ver mi tez, ni mi pelo, ni mis ojos. Sabe que se los lleva en mis hijas: mis manantiales que ya en estos momentos, cuando me torno estatua de sal, acarrean en sus vientres vírgenes un ojo de agua viva que gestará una nueva raza. Y yo he de quedar para dar cuenta de cómo la tierra de la creciente fértil se volvió, ya pasadas las descargas de fuego, ya colmados los remolinos de la destrucción, en montículo de granos de arena que rechinan contra la tersura de mis propias aristas de sal. Sal, sol, el recuento de mi valía, de mi linaje coartado.

¿Y acaso lloro? No. De mí queda descendencia. Así estaba escrito. No es que eso me alivie o me atormente en mi nueva inmovilidad. Vendrá esta descendencia manchada, pues es el padre el mismo que el abuelo. Doblemente se ha emparentado Lot con sus hijas. Se dice que una vez que llegaron al "pueblo chico" de Soar, y que pudieron ver la enorme destrucción de las ciudades, la destrucción "de toda la llanura, con sus habitantes y vegetación", Lot tuvo miedo y se llevó a sus hijas al monte, a vivir en una cueva para protegerlas. Y la soledad de ellas viviendo con el padre. Y la doble soledad de saber que no "ha quedado un hombre siquiera en esa región que pueda unirse" con ellas, las hace agitarse. ¿O son ellas las que deliberan? ¿No será Yahvé, a través del libro escrito, el que las insufla? Piensan en su descendencia, y poco a poco se engolosinan con el deseo por el padre. ¿O será por los hijos que tendrán? Y es que Lot, que ha hablado con los ángeles de Yahvé, no ha hecho la pregunta sobre el futuro de la especie.

La idea de tener un pueblo escogido proviene del Padre de los hombres; la sentencia de multipli-



carse sobre la tierra es también de Dios; el cómo hacerlo, eso es cosa de mujeres.

¿Y será que mis hijas, ya plenas de deseo, sienten el suave riego que mana de su pubis, la plenitud de sus pezones, el ansia de caricias, de otro cuerpo, y es entonces cuando embriagan al padre y se acuestan con él?

¿Y Lot se resiste? ¿Se entrega en su embriaguez y se humilla cuando lo atiende la razón? ¿O sabe Lot por los ángeles que el texto estaba ya escrito?

Ellas han provocado el quedar preñadas por un padre al cual ellas mismas han seducido. Mis hijas se han convertido en el instrumento con el cual Yahvé funda una raza oscura que solamente servirá para realzar a aquella tribu que fuera escogida. Para crear una raza que, a su tiempo, perseguirá a los descendientes de Abraham.

Éste era el diseño divino. Sólo por venir de la divinidad no se perfila una falta de lealtad para con la creación. ¿Sería capaz una madre de llevar en el vientre a hijas con tal designio en la mente? Y yo soy, al fin, una simple mortal. Triste repetición de Eva, aunque con una infracción menor, pues yo no saboreé las promesas del enemigo de Dios; tan sólo volví el rostro. Yo nunca habité el jardín del Edén ni fui presa de la tentación de la serpiente.

Se me decía hermosa "hija de hombre" cuando me desposé con Lot, un "hijo de Dios". La divinidad no quiso establecer su linaje de manera directa. Yo di a luz a la manera de todas las mujeres, con dolor. Mis hijas, a la manera de Eva, no sólo han de parir con dolor, sino que han de anhelar con vehemencia ciega la conservación de la estirpe. Y será de mujeres, también, el pago altísimo por este préstamo forzado del papel del Creador.

Aquí se truncó mi ser. Se rompe el hilván que une el brazo del pasado con el del presente. Quedo con una visión preclara que es de un puro instante. Lo que veo ni anuncia ni trae a cuestras ningún lastre. No siento mi condición de mujer sobrepuesta a la

niña que fui, ni a la madre, ni a la esposa; tan sólo me sé hija rechazada por Dios.

Impávida estoy ante el deseo, ante el correr del tiempo. Llevo la destrucción conmigo a la manera de nombre. Me bautizo Sodoma, Gomorra. Me bautizo fuego, muerte.

A partir de hoy no hay recuento de mí. En el texto no fui escogida por ser hermosa ni por venir, como Rebeca, de las tribus de Abraham. Soy, mas no conozco la razón de aquello que fue mi existencia, ya que estuvo por siempre escrito que fui para ser borrada. Soy una de las infractoras.

No estoy encuadrada dentro de lugar alguno. Mi ámbito en el espacio es la dislocación. Espacio sin límites. Visos de horizonte que no exige que imagine lo que resta.

Cavernas de luz cercan el desierto: irradian rayos concentrados en haces como abanicos, difusos como amaneceres. El perfil de esta tierra se cierne a la manera de la eternidad.

Veo una serpiente que marca el desierto al pasar. Inscribe en la arena círculos, hipérbolos y elipses: se forma y se deforma y de ella quedan trazos que

se derrumban con el temblor diminuto del aliento. Transformación eterna de las dunas estriadas del desierto. El oleaje del viento me recorre el cuerpo inerte. Inerte ante una transformación perpetua.

Y sólo cuando el sol de mediodía incendia mis límites de sal, me libero, me fundo con el aire, voluptuosa, y se borra mi materialidad. La liberación es un vaho que al transformarse en brecha me penetra, y así trasciendo mis confines. Hay cambios sin haberlo. Hay percepción sin juicio.

Veo a hombres que crecen y decrecen en el horizonte lejano. Se cobijan en la proyección infinita de mi sombra. Hay días cuando los hombres no se levantan más. Quedan chorreando sangre en espera de las aves de rapiña, del calor implacable. Y se extinguen ellos como las formas efímeras que deja el animal sobre la arena. "Cáin, ¿que has hecho?" "¡La voz de la sangre de tu hermano grita desde la tierra hasta mí!" Y la obra de Cáin se repite a la manera de la noche o el amanecer. De igual manera se repite el principio de la vida.

Y me pregunto, Yahvé, ¿es castigo o un acierto divino esta forma de mirar?

